

Con la muerte de Luis XIV y la coronación de Luis XV en 1715, floreció un estilo elegante y refinado llamado “rococó”. Aunque el término fue utilizado despectivamente en el siglo XIX, equiparándolo a exceso y frivolidad, hoy día se refiere a un estilo artístico general representativo de la armoniosa cultura francesa. La cultura responsable del estilo rococó se caracterizaba por la búsqueda del placer personal. Como ese placer naturalmente incluía la indumentaria, también ésta fue pronto elevada a la categoría de arte. Aunque Francia ya había sido el líder reconocido de la moda durante el reinado de Luis XIV, el período rococó confirmó la reputación del país como líder de la moda femenina de todo el mundo.

Tras la popularidad inicial del rococó, el estilo de vestir se dividió en dos direcciones diametralmente opuestas, una que implicaba un fantástico amaneramiento de estética artificiosa, y otra que manifestaba un deseo de volver a la naturaleza. La Revolución Francesa de 1789 modernizó muchos aspectos de la sociedad y ocasionó un claro cambio en la indumentaria: del decorativo rococó a los vestidos más sencillos del neoclasicismo. Este cambio radical en el vestir, fenómeno único en la historia de la moda, es un reflejo de los grandes altibajos que los valores sociales experimentaron en esa época.

La moda rococó femenina

Para las mujeres, el espíritu esencial de la moda rococó residía en la elegancia, el refinamiento y la decoración, pero también había elementos caprichosos y extravagantes, así como coquetería. En contraposición a la digna solemnidad de la indumentaria del siglo XVII, el atuendo femenino del siglo XVIII era a la vez ornamentado y sofisticado. El traje masculino del siglo XVII había sido más extravagante y vistoso que el femenino, pero las mujeres tomaron entonces la iniciativa y sus vestidos de palacio adquirieron una elegancia espléndida. Simultáneamente, la gente también ambicionaba un estilo de vida cómodo que le permitiera pasar horas de ocio en acogedores salones, rodeada por sus cachivaches y sus muebles favoritos. Para satisfacer estas necesidades más cotidianas, también surgió un estilo de vestir relativamente más relajado e informal.

Un nuevo estilo surgido a principios del siglo XVIII fue el de la *robe volante*, o vestido volante, una derivación del *négligé* popular hacia finales del reinado de Luis XIV. La característica principal de este vestido era el corpiño, con grandes pliegues que fluían desde los hombros hasta el suelo sobre una falda redonda. Aunque el corpiño iba bien ajustado por un corsé, la túnica tableada y suelta daba la impresión de comodidad y relajación. Después del vestido volante, el otro atuendo femenino típico del rococó era el llamado vestido a la francesa (*robe à la française*), y este estilo persistió como traje de etiqueta para la corte hasta la época de la Revolución.

A lo largo de este período los elementos básicos del atuendo femenino fueron un vestido con falda y sobrefalda y un peto triangular que cubría el pecho y el estómago bajo la abertura frontal del vestido. Estas prendas se llevaban encima de un corsé y un guardainfante, que eran los que daban forma a la silueta. (La palabra *corset*—corsé—no se conocía en el siglo XVII, pero la utilizamos aquí para referirnos a la prenda de ropa interior reforzada con varillas de ballena, llamada *corps*—cotilla— o *corps à baleine*—cotilla de ballena—). Éstos fueron los componentes básicos de la indumentaria femenina, que sólo variaron en sus detalles decorativos, década tras década, hasta la Revolución Francesa.

Pintores como Jean-Antoine Watteau, Nicolas Lancret y Jean-François de Troy captaron estos espléndidos vestidos con todo lujo de detalles y pintaron desde las puntadas individuales del encaje hasta el intrincado calzado. En el cuadro titulado *La galería del comerciante de arte Gersaint* (1720, Schloss Charlottenburg, Berlín; ilust. pág. 39), Watteau captó de forma espectacular los elegantes vestidos de la época y el delicado movimiento de sus pliegues, así como sus tersas y suaves texturas de raso y seda. Aunque no fue él quien los diseñó, estos pliegues dobles en la espalda más adelante se conocieron como “pliegues Watteau”.

Los extravagantes tejidos de seda producidos en Lyon resultaban esenciales para la moda rococó. A partir del siglo XVII el gobierno francés apoyó la diversificación de la producción de tejidos de seda de Lyon mediante el desarrollo de nuevos mecanismos para los telares, así como de tecnología para el tinte. Los tejidos de seda franceses se ganaron una reputación de máxima calidad y sustituyeron a los productos de seda italianos que habían dominado el mercado en el siglo anterior. A mediados del siglo XVIII, la edad de oro del rococó, la amante de Luis XIV, *madame de Pompadour*, apareció en retratos llevando exquisitos vestidos confeccionados con tejidos de seda de la más alta calidad. En el retrato de François Boucher titulado *Madame de Pompadour* (1759, The Wallace Collection, Londres; ilust. pág. 56), lleva un típico vestido a la francesa, con la abertura frontal del mismo sobre un corpiño muy ajustado. Bajo la sobrefalda se puede observar la falda y un peto triangular. El peto está adornado en forma escalonada con cintas (*échelle*), lo que acentúa la forma del busto, que queda levantado y moldeado por el corsé de una forma muy seductora. Además, unas *engageantes* de encaje de la mejor calidad adornan los puños del vestido, y éste, en su totalidad, está enriquecido con volantes, encaje, cintas y flores artificiales. Aunque se podría decir que la ornamentación es excesiva, los elementos conservan un equilibrio armonioso y representan el espíritu más sofisticado y delicado del rococó.

Durante la misma época en que el rococó alcanzaba tal profusión decorativa, la aristocracia dirigió la mirada hacia la moda del hombre común para buscar sugerencias que le permitieran vestir de una manera más confortable. Los abrigos y las faldas de la gente plebea influyeron en el vestido femenino de las aristócratas, que gradualmente fue derivando hacia formas más sencillas, exceptuando las ocasiones en que la etiqueta era de rigor. La práctica chaqueta corta llamada *casaquin* o *caraco* fue adoptada para uso diario, y los vestidos se simplificaron. El peto, por ejemplo, que antes se sujetaba al vestido con alfileres, fue sustituido por la relativa comodidad de dos paneles de tejido (*compères*) que conectaban la abertura frontal del vestido.

La creciente popularidad de los vestidos más simples y funcionales en la Francia de esa época fue debida en parte a la "anglomanía", una fascinación por todo lo inglés que entonces imperaba en la cultura francesa. Las primeras señales de anglomanía en el atuendo masculino pueden encontrarse en los últimos años del reinado de Luis XIV, y posteriormente en el femenino, a partir de 1770. Cuando la costumbre inglesa de pasear por la campiña y disfrutar del aire libre se popularizó entre los franceses, apareció el vestido arremangado por los bolsillos (*robe retroussée dans les poches*) como estilo de moda para la mujer. Las faldas se arremangaban a través de los cortes laterales para los bolsillos y colgaban por detrás en una práctica disposición. Este vestido fue creado originalmente para las mujeres trabajadoras como prenda para trabajar y andar por la ciudad.

A esta moda le sucedió el vestido a la polonesa (*robe à la polonaise*). Según este estilo, la parte trasera de la falda se sujetaba con cordones y quedaba dividida en tres partes drapeadas. Polonia fue dividida (por primera vez) en tres reinos en 1772, y se dice que el término "vestido a la polonesa" se deriva de este hecho político. Cuando los pliegues del centro de la parte posterior del vestido se cosían hasta la cintura, entonces se llamaba vestido a la inglesa (*robe à l'anglaise*) o al estilo inglés. Consistía en un vestido de cierre frontal y una falda que sobresalía por debajo del corpiño posterior, de forma puntiaguda en el extremo inferior. En ocasiones el vestido se llevaba sin guardainfantes y debía su forma redondeada meramente al drapeado de la falda. Más tarde, durante el período de la Revolución, se le incorporó un peto y una falda, y quedó transformado en un vestido de una sola pieza llamado vestido redondo.

La elegancia en la moda masculina

Durante el siglo XVII fueron apareciendo constantemente nuevos trajes para hombre, vistosos y ornamentados, pero en el XVIII la moda masculina se hizo más estable y menos estridente. El *habit à la française*, un terno francés típico del

siglo XVIII, consistía en una casaca (*habit*, llamada *justaucorps* en el siglo XVII) que gradualmente fue adquiriendo una forma más ajustada, así como un chaleco y un calzón. Una camisa blanca, una chorrera, el pañuelo para el cuello y un par de medias de seda completaban el atuendo masculino.

Los colores vivos, los bordados intrincados, los botones decorativos y las complejas chorreras para cuello, pecho y bocamangas fueron elementos importantes para los caballeros que seguían el estilo rococó. En particular la casaca y el chaleco del típico terno a la francesa eran cuidadosamente bordados con hilos de oro, plata y colores varios, así como lentejuelas y falsa pedrería. Durante esa época existieron muchos talleres de bordado en París. El tejido para casacas y chalecos muchas veces se bordaba antes de su confección, para que los hombres pudieran elegir sus dibujos preferidos y después encargar el traje confeccionado a su medida.

La anglomanía, evidente en los ternos masculinos franceses desde finales del siglo XVII, siguió estando de moda. Por ejemplo, la casaca inglesa con cuello (*redingote*) para montar a caballo fue adoptada a modo de atuendo urbano como alternativa a la casaca francesa. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, apareció la versión francesa de la levita, que se llamó *frac*. Se trataba de una chaqueta con el cuello hacia abajo, generalmente confeccionada con tejido de un único color. En vísperas de la Revolución se pusieron de moda los dibujos a rayas, mientras que la pasión por los intrincados bordados para los trajes masculinos desaparecía. Debido al gusto inglés por la simplicidad, el *frac* siguió siendo una prenda estándar de vestir a lo largo del siglo XIX, junto con los pantalones que en su momento sustituyeron a las calzas.

Exotismo: chinería e india

Hacía tiempo que los europeos sentían gran curiosidad por los diversos productos importados de Oriente. En el siglo XVII, la importación de notables artículos decorativos chinos produjo una nueva forma de exotismo y generó una afición por la chinería (*chinoiserie*). Las complejas y curvilíneas formas basadas en la estética y la sensibilidad oriental inspiraron a pintores como Jean-Antoine Watteau y François Boucher, que se sintieron fascinados por las costumbres y los exóticos paisajes chinos. En las residencias de los aristócratas, la sala de estar solía estar decorada con insólitos muebles y porcelanas chinas, y en el jardín no era raro encontrar un pequeño cenador y una pagoda.

La indumentaria también reflejó esta influencia china. Concretamente los tejidos de dibujos asimétricos y las combinaciones inusuales de colores se hicieron populares en esa época. La curiosidad por los pintorescos detalles culturales y la variedad fomentó el interés por las sedas exóticas, el bordado *ungen*, las rayas de Pequeño y el nanquín (algodón amarillo procedente de Nanquín, China). Incluso los nombres de estos materiales evocan un exotismo que la cultura rococó de la última época valoraba. En cuanto a los accesorios, los abanicos plegables orientales, que habían sido complementos importantes de la moda europea desde el siglo XVI, se convirtieron en elementos imprescindibles para completar el “conjunto chino”.

Los europeos no concedieron a Japón una identidad cultural diferenciada hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando la tendencia del japonismo cobró auge en Europa. No obstante, en épocas tan tempranas como el siglo XVII y el XVIII, la Dutch East India Company ya importaba kimonos japoneses que los hombres europeos llevaban como batines para estar por casa. Como el suministro de auténticos kimonos japoneses importados era limitado, aparecieron los batines orientales confeccionados con india (muselina india) para ayudar a satisfacer la demanda. En Holanda los llamaban *japonsche rocken*, en Francia, *robes de chambre d'indienne* y en Inglaterra, *banianos*. Debido a sus características exóticas y a su relativa escasez, se convirtieron en símbolo de un estatus social y económico elevado.

La tela india, un tejido pintado o estampado hecho en la India, se convirtió en algo tan popular entre los europeos del siglo XVII que las autoridades se vieron obligadas a prohibir su importación y producción hasta 1759.

Una vez levantada la prohibición, la industria de la estampación prosperó inmediatamente. Entre los muchos tejidos estampados, el de Jouy llegó a ser especialmente apreciado. Christophe P. Oberkampf, creador de la fábrica de Jouy en el distrito de Versalles del mismo nombre, supo aprovechar los convenientes avances tanto en el campo de la física como en el de la química. Gracias a la innovación tecnológica, desarrolló un nuevo sistema de estampación que sustituyó el antiguo método de estampación por reserva, y adoptó las más avanzadas técnicas inglesas.

Los tejidos de algodón estampado se pusieron de moda no sólo para vestir sino también para la decoración de interiores; sus llamativos y refinados dibujos multicolores resultaban atractivos y además su precio era más económico que los tejidos de seda. Durante el siglo XVIII surgieron fábricas de estampación por toda Europa. Al principio se limitaban a imitar la india, pero posteriormente realizaron avances tecnológicos como la invención del sistema de estampación con rodillo de cobre, que hizo posible la producción en masa de tejidos estampados. La popularidad de la tela de algodón durante esta época contribuyó a impulsar un cambio importante en la indumentaria, por lo que respecta al material más común: se pasó de la seda al algodón en el período revolucionario.

La fantástica estética del artificio y el retorno a la naturaleza

Cuando el *ancien régime* se encontraba al borde del colapso, el estilo rococó, ya totalmente maduro, fue perdiendo importancia. En la década de 1770 el vestido de corte femenino más representativo era una enorme falda extendida hacia los costados mediante unos amplios guardainfantes; el conjunto se completaba con un peinado alto que tenía como objetivo exaltar la belleza del artificio. Los vestidos de las mujeres no eran tanto prendas de vestir como increíbles construcciones arquitectónicas hechas de tela. La refinada estética de la cultura rococó desapareció y su delicada ligereza fue reemplazada por las alargadas sombras de la Revolución.

Los gigantescos peinados, las enormes pelucas y los atrevidos tocados de este período no hacían más que amplificar la oscuridad de esas sombras. Los rostros femeninos parecían diminutos en medio de una ornamentación tan exagerada. Los peinados solían ser lo suficientemente grandes como para contener reproducciones de carrozas, paisajes, arroyos, cestas de fruta y todo tipo de elementos fantasiosos. Para poder vestir a la moda, los *coiffeurs* (peluqueros) tenían que diseñar, construir y llevar a cabo esos extraordinarios peinados. Resultaba imprescindible la creación de extravagantes decoraciones para los vestidos, ya que debían combinar con el cabello.

Hacia la segunda mitad del siglo XVIII el papel de los *marchands de mode* (mercaderes) empezó a adquirir importancia, y éstos empezaron también a vender varios tipos de adornos para vestidos y peinados. Al diseñar adornos para el pelo y decorar las prendas de vestir hechas por los sastres (*tailleurs*) y modistas (*couturières*), los *marchands de mode* desplegaron una gran originalidad e iniciaron innumerables y nuevas tendencias de moda.

Un método imprescindible para difundir las tendencias de París era (y sigue siendo) la revista de modas. Aunque ya había aparecido una publicación que presentaba las últimas tendencias de París en el siglo XVII, surgieron algunas nuevas e importantes en el período prerrevolucionario. Entre ellas estaban *Le Journal du Goût* (1768-1700), *Le Cabinet des Modes* (1785-1786) y *La Galerie des Modes et du Costume Français* (1778-1788). En las últimas décadas del siglo XIX, con la ayuda de una tecnología más avanzada de impresión y el desarrollo del sistema de entrega por ferrocarril, las revistas de moda se convirtieron en un vehículo aún más importante para la instauración de tendencias y en un buen medio para que los árbitros de la moda parisina difundieran sus creaciones.

En marcado contraste con la extravagancia de la indumentaria de la corte, las prendas de vestir comunes tendían a ser sencillas y cómodas. La excavación de las antiguas ruinas romanas de Herculano en 1738 dio un fuerte impulso al naciente estilo neoclásico, basado en el culto a la antigüedad. Al incorporar el concepto de Jean-Jacques Rousseau del

“retorno a la naturaleza”, este interés por las antiguas Grecia y Roma se convirtió en un punto crucial para los cambiantes ideales de la sociedad europea. Fue un concepto que llegó a dominar el mundo de las artes y el estilo de vida general de los europeos desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta principios del XIX.

Un precursor del estilo de indumentaria que iba a reflejar este tema, un estilo influido por la anglomanía, fue el que adoptó María Antonieta. Para escapar de los rigores de la vida de la corte, la joven reina empezó a vestir con un sencillo vestido de algodón y un gran sombrero de paja, y jugaba a ser una pastorcilla en el Hameau de la Reine del Petit Trianon de Versalles. No es pues sorprendente que la reina adoptara también una sencilla camisa de muselina blanca, un estilo que por el año 1775 se empezó a conocer como la *chemise à la reine*. En términos de material y confección, la *chemise à la reine* sirvió como una forma de transición hacia el vestido de cintura alta del período del Directorio. Consiguientemente, la demanda de tela de algodón se incrementó en Europa. El uso generalizado de algodón suministrado por la East Indian Company fue uno de los principales acicates de la Revolución Industrial, especialmente en lo que se refiere a la industria textil. Surgieron nuevas tecnologías en el campo de la hilatura, se produjeron telas de algodón más ligeras y blancas que antes, y por fin el algodón se impuso como material para la indumentaria de la nueva era.

El corsé y el guardainfantes

A lo largo de todo el siglo XVIII, la silueta de la mujer fue moldeada por las prendas de ropa interior, como el corsé y el guardainfantes. En la época rococó la parte superior del corsé fue bajando hasta dejar el pecho parcialmente al descubierto. El corsé ya no comprimía todo el torso, sino que más bien hacía subir el pecho, que asomaba entre un delicado remate de encaje en la parte del escote.

La forma antigua del guardainfantes era acampanada, pero a medida que las faldas se fueron ensanchando (hacia la mitad del siglo XVIII), se fue modificando y se dividió en dos mitades, a derecha e izquierda de la falda. Aunque el enorme y poco práctico guardainfantes resultante era muchas veces objeto de caricatura, a las mujeres les encantaba esa moda. En la corte, el guardainfantes ancho finalmente se convirtió en elemento obligatorio de la indumentaria.

Las prendas tan complejas como ésta normalmente eran fabricadas por hombres. Durante la época medieval se había establecido en Francia un gremio de sastres y, desde entonces, cada especialidad dentro de la profesión quedó estrictamente regulada. Aunque en la segunda mitad del siglo XVII había surgido una compañía de mujeres modistas, *Les Maîtresses Couturières*, dedicada a la confección de prendas femeninas, generalmente fueron los sastres (hombres) quienes confeccionaron los trajes de la corte durante todo el siglo XVIII. Los hombres también fabricaban los corsés femeninos, ya que se precisaban unas manos fuertes para coser las varillas al rígido material del corsé.

La moda durante el período revolucionario

En 1789 la Revolución Francesa produjo un profundo cambio en la estética de la moda, y el material favorito cambió de la seda al sencillo algodón. Fue una revolución provocada por diversos factores: el fracaso de la economía nacional, el creciente conflicto entre la aristocracia y aquellos con prerrogativa real, el descontento de una mayoría de ciudadanos frente a las clases más privilegiadas y una prolongada y severa escasez de alimentos. La Revolución adoptó una manera de vestir como objeto de propaganda ideológica de la nueva era, y los revolucionarios manifestaron su espíritu rebelde apropiándose de la indumentaria de las clases bajas.

Aquellos que todavía vestían ropas de seda extravagantes y de vivos colores eran considerados antirrevolucionarios. En lugar del calzón y las medias de seda que simbolizaban la nobleza, los revolucionarios se pusieron pantalones largos llamados *sans-culottes*. Además del pantalón, el simpatizante revolucionario lucía una casaca llamada *carmagnole*, un gorro frigio, una escarapela tricolor y zuecos. Esta moda, que tiene su origen en el gusto inglés, más sencillo, evolucionó hacia un estilo de casaca y pantalón que posteriormente fue adoptado por el ciudadano del siglo XIX.

Pero no todo cambió en 1789. Si bien durante la Revolución surgieron nuevos estilos de moda que se sucedían rápidamente, reflejando la cambiante situación política, el atuendo clásico, como el terno a la francesa, se seguía utilizando como traje oficial de la corte. Las nuevas modas convivieron con las antiguas durante todo el período revolucionario.

En algunos casos el caótico clima social generó modas excéntricas. Los jóvenes franceses, en especial, adoptaron estilos radicales, inusuales y frívolos. Durante el Terror, los *muscadins*, un grupo de jóvenes contrarrevolucionarios, protestaron contra el nuevo orden y se vistieron con excéntricas casacas negras de grandes solapas y amplias corbatas. Siguiendo la misma línea de excentricidad, los *petimetres* (*petits-maîtres*), llamados *incroyables*, aparecieron durante el período del Directorio. Los cuellos extremadamente altos caracterizaban su vestimenta, además de grandes solapas dobladas hacia atrás, chalecos chillones, corbatas anchas, calzones, cabello corto y bicornios en lugar de tricornios. Su equivalente en femenino, las conocidas como *merveilleuses*, lucían vestidos extremadamente finos y diáfanos, sin corsé ni guardainfantes. En las ilustraciones de moda de la *Gallery of Fashion* (1794-1802, Londres), de Nicolaus von Heideloff, se pueden ver vestidos redondos, así como otros con la cintura situada bajo el busto y formados por corpiños y faldas de una sola pieza. El vestido redondo más adelante se transformó en el vestido camisa o camisero, el atuendo de algodón más popular de principios del siglo XIX.

Mientras que en Inglaterra la modernización fue debida a la Revolución Industrial, la sociedad francesa recibió nuevos impulsos en la última época del rococó gracias a la revolución política. Situada frente al telón de fondo de tal malestar social, la moda europea avanzó hacia una nueva modernidad.

Tamami Suoh, director del Instituto de la Indumentaria de Kioto